

# Capítulo 2 - Luces Pálidas

- Capítulo 2 - Luces Pálidas

# Capítulo 2 - Luces Pálidas

## Capítulo 2

Angharad cayó al suelo cuando sonó el disparo.

El desconocido que había estado frente a ella no fue tan rápido y su rostro estalló en una lluvia de sangre - Pensó en el Dios Dormido, sintiéndose enferma - mientras ella alcanzaba la larga espada en su cadera. Hubo algunos gritos ante la vista macabra, pero ya las calles del mercado se estaban llenando de voces que corrían hacia los callejones. Angharad apretó los dientes. Este lugar no era como su hogar, como Peredur: no había honor en Sacromonte, esa ciudad horrible de suciedad y ratas. Nadie vendría en su ayuda.

Con lentitud, para que el sonido no la delatara, Angharad desenvainó su espada mientras se arrastraba hacia el borde del puesto que era su única cobertura. Debía mirar ahora, antes de que su posible asesino recargara su mosquete, pero en lugar de eso, Angharad seguía fijando la vista en el cadáver del hombre con quien había venido a encontrarse. Se encontró evitando la vista de la herida roja y abierta causada por la bala, apartando la mirada, y permaneciendo en la piel oscura, tan similar a la suya.

El desconocido había sido Malani, por su acento, no de Peredur como ella. No es que el resto de Vesper considerara al Ducado de Peredur más que una provincia insignificante del Reino de Malan; sus pensamientos se dispersaban, se reprendió a sí misma. El miedo tenía una forma de hacerle eso. Angharad se controló, respirando lentamente, como le habían enseñado. Esto no era un duelo de exhibición, ni un torneo de destreza donde la violencia culminaría con sangre o rendición, pero había aprendido a vencer su temor allí y también lo vencería hoy.

Su respiración se tranquilizó, su mano firme alrededor del mango de su sable, Angharad asomó la cabeza para mirar y —

(La bala atravesó su cráneo.)

Y siguió rodando, un disparo silbando por encima de ella mientras un ardor rápido y punzante desgarraba su hombro a través del paño teñido de su chaqueta. Ella sangraba, pero rodó hasta esconderse detrás de otro puesto, mientras escuchaba a un hombre maldecir en Antigua. Los labios de Angharad se tensaron al sentir una desaprobación que emanaba desde lo profundo de su ser. El Pescador había invocado su pacto cuando ella no pudo hacerlo, ofreciéndole esa visión de lo que le esperaba, pero el viejo espíritu no aprobaba ni el miedo ni la temeridad. No extendería su mano dos veces de esa manera.

“Sal del escondite”, llamó una voz desde su derecha. “Si lo haces, lo haré rápido. No será esa clase de muerte si te lo pones difícil, muchacha.”

Angharad apretó los dientes. Era una par de Peredur, incluso su título había sido rechazado, y la última de la Casa de Tredegar. ¿Esperaba ese hombre que se rindiera y muriera solo porque se lo pedía? Ella invocó su pacto, sintiendo como si hubiera tocado agua fría con las plantas de los pies. En su mente se vio levantándose, pero para su sorpresa, la flecha que la alcanzó en el pecho no vino del lado derecho sino del izquierdo. Comprendió que había dos asesinos, no uno, al liberar el pacto. Ambos con arcabuces. Dudó. Las probabilidades eran incómodamente altas en su contra. Ataque, le había enseñado su madre. La defensa es demora.

Los dedos de Angharad tropezaron con un cáliz de metal, una cosa barata de hierro, mientras palmeaba en el suelo. Debió haber caído cuando el vendedor del puesto huyó. Cerrando los ojos, lo arrojó hacia su derecha. Antes de que tocara el suelo, volvió a invocar su pacto y vislumbró el cañón de los arcabuces siguiendo el sonido. Sin dudarlo, se levantó, viendo en la penumbra dos siluetas apuntando sus armas hacia su cebo. Las sombras se filtraban entre las banderas y los postes del mercado callejero, ocultándola por casi un latido mientras comenzaba a correr. Un clic, un chasquido, un disparo: una bala cruzó su camino mientras se agachaba bajo otro puesto. Volvió a invocar su pacto, sus ojos se volvieron enajenados y una sonrisa fría se dibujó en sus labios. Era el asesino más cercano quien había disparado, como ella había planeado.

Angharad liberó su poder, saltando sobre un desorden de cerámicas y manteniendo al asesino ahora en recarga, entre ella y el arquero aún listo para disparar. El hombre de la pareja gritó a su cómplice que se moviera, pero fue demasiado tarde. Angharad pateó un puesto lleno de cintas coloridas contra las rodillas de la mujer, quien retrocedió con un grito de dolor, soltando la empuñadura que había estado usando para recargar. Angharad le sostuvo la mirada, gris a marrón, y vio el temor reflejado allí. No se deleitó con ello, no se permitió hacerlo, y blandió su sable en un golpe certero.

Rasgó la garganta del asesino.

Angharad invocó su pacto, y la aprobación silenciosa del Pescador alivió la aparición de la visión. La noblewoman, con gracia, sostuvo el hombro del asesino agonizante antes de que cayera, manteniendo su cuerpo en la trayectoria del disparo nervioso del otro asesino. No atravesó su piel, al haberlo impactado en la espalda media, y Angharad dejó caer su cuerpo mientras saltaba sobre el puesto en frente. El hombre, un Lierganen delgado y alto, mostraba en su rostro un temor que se extendía como tinta en agua. No perdió el juicio, sin embargo, y chocó el último puesto entre ellos hacia ella con una patada. Este derribó pilas de tela teñida, pero Angharad fue más rápida y ya saltaba sobre él.

Su aterrizaje fue desequilibrado y perdió un momento para estabilizarse, suficiente para que el hombre golpeará su hombro con la culata del arcabuz. Ella tragó un gemido, consciente de que eso dejaría una moreta. Respondió golpeándole el mentón, y la empuñadura de su sable crujió satisfactoriamente contra el hueso al hincar su filo en carne, mientras un gemido de dolor escapaba del asesino. El arma cayó al suelo, y en sus ojos Angharad vio la conciencia de su propia muerte, pero no lo golpeó. No podía. La punta de su espada descansaba contra su cuello.

“Recoge tu arma,” ordenó Angharad, con la voz firme y segura de Antigua.

El hombre quedó inmóvil, con los ojos moviéndose entre la hoja y ella. El temor desapareció, reemplazado por una sonrisa irónica.

“Entonces es cierto, acerca de los nobles Malani,” dijo. “Todos sobre el honor. No golpearé a un hombre desarmado.”

Angharad no respondió, solo retiró su espada y dio medio paso atrás.

“Malditos tontos ustedes,” se burló el hombre. “Peores que un infanzón. Yo solo me iré, y tú qué vas a hacer-”

El punto atravesó su ojo y llegó a su cráneo, con Angharad girando su muñeca para retirar la espada con precisión. Hay debate entre los expertos sobre si una ‘oportunidad justa’ para tomar la arma equivale a tres o cinco respiraciones, así que ella esperó un completo conteo de cinco. No le gustaba pisar demasiado cerca del límite en cuestiones de honor.

“No soy Malani,” le informó fríamente al cadáver cuando cayó.

Ella era de Peredur, y los habitantes de la Isla Alta tenían sus propias maneras. Se arrodilló para limpiar el filo en su túnica antes de guardarla, revisando distraídamente sus bolsillos. Unas cuantas monedas de cobre, pólvora y perdigones. Tomó la moneda, pues las necesitaría para pagar por el cuerpo, y la batalla había sido ganada con honestidad con la espada. El otro asesino apenas llevaba monedas y una pequeña daga. La noblewoman volvió a la fría figura del hombre que había muerto intentando entregarle un mensaje, el siempre anónimo Malani, y colocó las monedas de cobre sobre su pecho en forma de círculo. Era una vieja costumbre: la moneda era para quien quisiera llevársela, dispuesto a ver que el cuerpo fuera quemado o sepultado de manera digna.

Sintiendo que la mancha de suciedad la envolvía por haber tocado los dedos de un cadáver que no había creado, Angharad se obligó a revisar los bolsillos del difunto en busca de un mensaje. Para su alivio, encontró una carta doblada en uno de sus bolsillos, en su abrigo manchado de sangre. Era de su tío Osian, sin duda alguna: el pequeño sello rojo que mantenía la carta cerrada mostraba la serpiente de dos colas de la Casa Tredegar. Osian, el hermano menor de su madre, había sido autorizado por ella a seguir usando las armas de la familia, a pesar de que había entrado en el exilio para unirse a la Guardia. Aunque estaban distanciados, madre siempre decía que era más por distancia que por amargura.

Esa distancia también explicaba por qué su tío era el único miembro sobreviviente de la familia de Angharad, porque el Dios Durmiente actuaba de maneras misteriosas. Tomó la carta, aún sin romper el sello, y la guardó debajo de su abrigo. Miró a su alrededor con cautela, todavía sola por ahora. La guardia de la ciudad podía ser desesperadamente, y notoriamente, corrupta, pero incluso ellos no ignorarían un asesinato en las calles de Sacromonte. Mejor marcharse antes de que llegaran.

Angharad salió a las calles, regresando por donde había llegado. El barrio Cortolo era un laberinto de canales delgados y puentes curvos, con fachadas de piedra pintadas en tonos rojos y amarillos que parecían vívidos bajo la cálida luz de los altos pilares de piedra. Esos relicarios se habían establecido cada pocas cuadras en los tiempos del Segundo Imperio y, al principio, le parecieron

una maravilla, pues su tierra natal no tenía nada igual. Solo los Lierganen, en su apogeo, habían podido permitirse el lujo de dejar que los pilares de piedra se impregnaran del Resplendor durante décadas. Desde entonces, ella había perdido ese asombro: el resplandor cálido de los pilares se había debilitado a lo largo de los siglos, y ahora siempre había sombras entre sus alcances.

Las glorias del Segundo Imperio ya eran cosa del pasado, destrozadas por grandes guerras contra los demonios de Pandemónium y por conflictos aún más brutales entre las potencias que emergieron para reclamar la primacía tras la caída de Liergan. Otro siglo, pensó Angharad, cuando pasaba por un huerto de naranjos, y la Luz en esos pilares desaparecería por completo. Sacromonte había caído muy lejos de su antigua brillantez, de la joya sin igual del Mar Trebio que una vez proclamó ser, y seguía decayendo cada año un poco más. La joven noble ignoró a los pocos vendedores ambulantes que le llamaban, al encontrar la calle que buscaba, y reconoció los ojos pintados en rojo y azul en el lado de una panadería.

Le incomodaba que la gente, los plebeyos, le gritaran de esa manera. Y eran tantos... Angharad había visitado muchas ciudades en Malan, cuando aún combatía en duelos, pero ni siquiera la capital del reino era tan densa en personas como Sacromonte. De alguna forma, le hacía sentirse aprisionada. La posada en la que se alojaba había sido indicada por su tío en una carta, un establecimiento pequeño pero limpio, donde le aseguraron que la discreción de la encargada sería absoluta. La matrona de mediana edad, una mujer robusta llamada Luna, la recibió con una sonrisa al cruzar el umbral pintado de verde.

“Lady Maraire,” dijo la anfitriona. “Ha regresado antes de lo previsto. ¿Necesitará algo de comer, entonces?”

La sonrisa de Angharad fue rígida. No era mentira, el nombre que había dado era el que correspondía. Ningún noble de Peredur podía ser reconocido en los registros de la nobleza del reino sin antes adoptar un nombre malani, y el suyo era Anwar Maraire. Era el compromiso que su tío Osian le permitía entre la secrecía que le había aconsejado y la deshonra que implicaba engañar a alguien bajo cuyo techo se alojaba. Angharad sentía que eso no le sentaba bien, y los modos elegantes de Luna al referirse a ella con ese nombre y título eran como una pequeña puñalada cada vez.

“No lo sé aún,” respondió Angharad. “Tengo correspondencia que atender antes de poder darte una respuesta. ¿El solar está libre?”

“Lo está, mi señora,” asintió Luna. “Y también lo arreglé esta mañana. Entra cuando quieras.”

Angharad agradeció a su anfitriona y subió las escaleras. Entró en su habitación, el tiempo suficiente para quitarse la chaqueta y fruncir el ceño al ver esa mancha roja que teñía su camisa pálida. La herida del balón le había rozado la espalda, lo bastante profunda como para sangrar, pero sin tocar músculo. Su madre le había enseñado cómo vendar una herida cuando ella era niña y soñaba con seguir sus pasos como capitana de mar, así que, con torpeza, limpió la herida y envolvió su hombro con un vendaje de su cofre. La noble de piel oscura aún tenía dos camisas limpias y no tardó en ponerse una, aunque esa había sido su última chaqueta. Ahora no le quedaba más que un vestido formal y un abrigo, y decidió ponerse este último.

La cofre estaba medio vacía, un pinchazo le atravesó el pecho al verlo. Solo había podido llevar consigo poco cuando huyó de Malan, únicamente lo que los amigos de la familia lograron rescatar del chalé en Indawen antes de que fuera requisado. Ropa, monedas, algunas joyas de su padre y unos cuantos libros. Del último grupo, había menos que al principio, ya que tuvo que vender algunos por monedas locales tras arribar al Puerto Sangriento. Angharad no era tan ingenua como para no saber que mostrar oro o joyas en un puerto podía atraer ladrones o algo peor. Aún conservaba los tres libros de poemas de Yibanathi, sus favoritos en todo el mundo.

El primero fue un regalo de su primer amor. Arianwen fue tan estricta en el duelo como en la compañía, algo que en un principio le atrajo, pero que finalmente la alejó de Angharad. Sin embargo, las palabras duras de su despedida habían perdido su filo con el tiempo, y ahora la joven noble los miraba con ternura mientras pasaba un dedo por la portada del libro. Sabía que era fácil perderse en la nostalgia, fácil y peligroso. Si vivía en el pasado, quedaría atrapada en él. Cerró el cofre con rapidez, el chasquido sonó áspero, tomó la carta con decisión y salió de la habitación.

Por el pasillo, más allá de las otras tres puertas cerradas de las habitaciones del hostel, encontró la puerta del pequeño solar vacía y con las persianas abiertas. Cerró tras de sí, aunque lamentablemente no tenía cerradura. La silla y su escritorio junto a la ventana estaban desgastados pero cómodos y bien cuidados, como el resto del hostel, y Angharad se desabrochó la vaina en su cinturón antes de sentarse. Suspiró, recostándose, mientras el aroma a limones y naranjas flotaba por la ventana en una brisa sutil. Tras un momento prolongado, preparándose, rompió el sello de la carta y la abrió.

La caligrafía elegante y entrelazada de su tío Osian llenaba unos párrafos. Como en todas las ocasiones anteriores, el anciano no la saludó properamente como la Dama de Llanw Hall. Los dedos de Angharad se tensaron, apretó los dientes, mientras en su memoria emergían olas de ceniza y gritos en la distancia. Le tomó un largo momento tranquilizarse, regular su respiración. Su hogar había desaparecido, su familia también, todo lo que conocía se esfumaba. Y ahora, incluso en esta ciudad desastrosa al otro lado de Vesper, alguien todavía la buscaba para matarla. La rabia ahora le era familiar, una quemazón reconfortante, y decidió abrazarla.

Angharad Tredegar tramitaría venganza contra aquel hombre que había destronado a su familia un día. Lo había jurado, en aquella noche funesta en que lo perdió todo, y el Fisher había escuchado su juramento. El viejo espíritu lo cumpliría a su lado, su pacto un lazo que solo la muerte podía desatar.

Calmada una vez más, Angharad retomó la lectura. No pasó mucho tiempo antes de que frunciera el ceño. Había esperado que su tío pudiera venir a ella aquí en Sacromonte, pero no fue así: Osian escribió que no le habían permitido tomarse licencia en su trabajo, ya que había llegado a un punto crítico y él era el jefe de la misión. Como siempre, su tío permanecía vago sobre en qué exactamente trabajaba para la Guardia. Era capitán en rango, pero Angharad sabía que no formaba parte de ninguna de las muchas compañías libres que actuaban en el campo bajo contrato.

Su tío no era mucho de pelear, siempre decía su madre, pero siempre había sido listo con su mente y sus manos. Había escrito que había pasado mucho tiempo en la Portería, una de las grandes islas

fortaleza de la Guardia, así que Angharad empezó a sospechar que quizás formaba parte de uno de los siete Círculos — alguna de las sociedades académicas, probablemente. Eso significaba influencia entre sus miembros, de lo poco que sabía acerca de cómo funcionaba la Guardia, como si todos los guardianes contaran menos de una décima de ellos como miembros de la orden, y muy pocos eran admitidos en uno de los Círculos.

El tío Osian se disculpó con tono seco por no poder venir él mismo, pero escribió que había hecho arreglos en su nombre y había descubierto quién era su enemigo.

“Fuiste seguida desde Malán, sobrina”, escribió. “Tu barco fue solicitado con nombre en el Puerto Sanguino, y la plata fluía libremente para quienes tenían respuestas sobre a dónde habías ido. Me temo que el enemigo que te persigue no es un simple igual o izinduna, sino un noble de alto rango, quizás incluso alguien de la corte de la Alta Reina. Me dicen mis conocidos que la Guardia no fue simplemente comprada; sus oficiales recibieron ordenes de una de las grandes familias de Sacromonte para acabar contigo. Evita a cualquier costo a los guardias rojos”.

Los labios de Angharad se apretaron. Entonces era peor de lo que había pensado, y no lo había considerado nada bueno. Tenía sus propias sospechas acerca del rango del hombre que había ordenado acabar con la Casa de Tredegar, y aunque todavía eran solo sospechas, escuchar que su enemigo era rico y poderoso solo las fortalecía. Si la misma guardia de la ciudad la buscaba, pensó, entonces deberá abandonar Sacromonte pronto. De lo contrario, sería su muerte. Con suerte, entonces, su tío no le había escrito para decirle que la dejaba a su suerte.

Leyeron cuidadosamente el resto, con los ojos entrecerrados cuando advirtió que no podía intervenir demasiado abiertamente, ya que su situación era un ‘asunto malaní’ y la Guardia no debía inmiscuirse en los asuntos de las naciones sin invitación. Eso quizás fuera cierto en principio, pensó, pero difícilmente en la práctica. Aun así, su tío quizás no tuviera la influencia suficiente para forzar que fuera de otra manera, y si su enemigo era lo bastante influyente, los aliados y superiores de Osian quizás no quisieran intervenir en su favor. Era una noticia terrible, pero ella la recibió con la mayor calma posible. Angharad sabía que era una posibilidad. Sin embargo, su tío, parecía, no la abandonaría.

Después de intercambiar favores, he asegurado una oportunidad que podría ponerte fuera del alcance de tu enemigo, por muy poderoso que sea, escribió Tío Osian. Tu nombre ha sido añadido a la lista de candidatos que deberán someterse al crisol anual en la isla de Vieja Perdida. Sería una tarea peligrosa, no voy a pretender lo contrario. Menos de uno de cada cinco logra sobrevivir. Sin embargo, tener éxito te convertiría en un miembro de pleno derecho de la Guardia de inmediato, privando a tu enemigo de la capacidad de frustrar tus intentos de ingreso más convencional.

Me protegería, Angharad. Incluso los grandes señores no se atreven a ofender a la Guardia, y tu juramento no tiene por qué ser de por vida. Te insto a buscar refugio entre nuestra orden hasta que seas plenamente adulta y estés lista para enfrentarte a tu enemigo. No puedo hacer mucho más, pues ya he negociado todo lo que podía y ahora me encuentro con las deudas contraídas. El hombre que te entregó esta carta es confiable y sabe cómo hacer que el dinero esté a tu disposición si lo necesitas. Si quisieras enviarme una carta en respuesta, él podrá encargarse del asunto por ti.

Que muchos dioses estén contigo, y aquellos que no, también.

Capitán Osian Tredegar

Abajo, estaban garabateadas las indicaciones al barco que te llevaría al crisol, por si deseas intentarlo, así como una nota que señalaba que el embarque sería los días séptimo y octavo del Cuarto. Hoy y mañana, se dio cuenta Angharad con un sobresalto. Debe haberse demorado demasiado en encontrar al agente de su tío. Era una idea inquietante que ella hubiera tenido alguna participación en la muerte del hombre, y no solo la que el tío Osian le había traído a la puerta. Quería que ella se uniera a la Guardia, y podía comprender por qué.

Tenía razón en que eso le ofrecería una gran protección, y que el juramento no le tomaría toda la vida: los vigilantes juraban en siete, y tras siete años Angharad esperaba estar ya muerta o lista para venganza. Pero también significaba que abandonaría formalmente su título de Dama de Llanw Hall. Los Cloaks Negros no podían ostentar títulos mientras servían, y a menudo ni siquiera después. Cerró los ojos, apretando los dientes.

“Ya te quedó atrás, tonta muchacha”, susurró con dureza.

Los altos tribunales de Malan le habían revocado su título antes de que huyera del reino. Su madre había sido acusada de alta traición y su padre de corrupción —algo relacionado con los impuestos—, por lo que la Reina Suprema de Malan había dado su consentimiento para la eliminación de su familia de los registros de nobleza. A ojos de la ley, Angharad ya no era heredera de Peredur. El título que reclamaba era un significado vacío. Y aún así, la idea de rendirse parecía carbones ardientes en su vientre. Pensó en cenizas y gritos de nuevo, estremeciéndose. Sentía que era una traición abandonar ese título cuando ella era la única sobreviviente de aquella pesadilla.

¿Podría realmente escupir sobre la memoria de sus padres de esa manera?

No, decidió. Su situación aún no era tan grave como para no poder intentar escribirle otra vez a su tío en busca de una solución. Todavía tenía suficiente dinero para durar unos meses y, aunque el agente de Osian estuviera muerto, su tío podía ser contactado a través de las oficinas de la Guardia en Sacromonte. Doblando la carta y guardándola en su abrigo, Angharad abrió el cajón del lado del escritorio y tomó papel y tinta. Tenía una pluma de su propia colección, en su baúl, y se levantó para buscarla. La puerta se abrió y Angharad se quedó inmóvil: en lo alto de la escalera, un hombre con capa roja estaba de pie, con un pistol en la mano.

Otra persona subía las escaleras tras ella, y por un momento se suspendió el tiempo en una quietud perfecta mientras Angharad cruzaba su mirada con el guardia. El pacto se le facilitó, susurrándole que solo estaba a un instante de que le dispararan.

—Mierda—maldijo el hombre con manto rojo, levantando su pistola y alzando la voz—. Es ella.

Angharad cerró la puerta justo a tiempo, recibiendo el impacto de la bala que la atravesó, lanzando chispas de madera. Manteniendo un pie en la puerta, rápidamente agarró su guerrera empuñada, mientras otro disparo retumbaba contra la madera. Podía oír gritos de hombres intentando forzar la entrada. Seguramente pensaban que estaba cerrada, en lugar de solo estar retenida. Cruzar por

el pasillo sería un suicidio, pensó, incluso si solo eran dos. Lo cual dudaba. Eso dejaba... Angharad echó un vistazo a la ventana, entrando en su pacto. Frunció el ceño. La dispararían. El momento no era perfecto. Soltó el pacto y lo volvió a activar, intentando encontrar el instante justo.

La puerta estaba a punto de ser derribada por dos hombres que usaban un banco, observó. Era ahora o nunca.

Angharad, con su guerrera empuñada en mano, se arrastró rápidamente sobre la mesa y abrió paso entre las persianas, incluso mientras la puerta se rompía tras de ella. Cayó en la calle, justo cuando el guardia abajo disparó apresuradamente y falló por amplio margen, la bala rebotando en el interior del solar. Aterrizó de pie, agachada, con un grito de dolor, apretando los dientes para forzar sus músculos a seguir adelante. Entró en su pacto y sonrió fríamente ante lo que vio.

La mujer con manto rojo frente a ella tenía un garrote largo en mano, pero lo soltó para desenfundar una espada corta. Fue un error. Al avanzar velozmente, antes de que el garrote tocara la acera, Angharad impactó el pomo de su guerrera en la garganta de la mujer y, mientras esta empezaba a atragantarse, se deslizó tras ella. El disparo desde la ventana del solar alcanzó a la guardia en el vientre. Se escucharon gritos y alaridos dentro de la posada, soldados con mantos rojos forzando la retirada para perseguir, pero Angharad emprendió la huida a toda prisa. Puede que no conociera bien la ciudad, pero la ventaja momentánea era una ventaja.

Corrió hasta quedar sin aliento, cruzando puentes y mercados, hasta estar segura de haber perdido a los hombres y mujeres de la Guardia. Solo entonces se escondió en un rincón sombrío, junto a un pilar de piedra, y volvió a colocar adecuadamente su guerrera. Frunciendo los labios con fuerza, apoyó la frente contra una pared de colores vivos. La habían encontrado. Para entonces, los mantos rojos seguramente habían confiscado sus últimas posesiones mundanas, dejándola con solo tres arboles de plata en los bolsillos y la ropa que llevaba puesta. Eso, y su espada, eran ahora la totalidad de lo que Angharad Tredegar poseía.

Hubiera llorado, si no estuviera tan enfadada por la injusticia de todo ello.

Pero ella recordaba que aún había algo más que le pesaba: la misma carta que había guardado, la salvación que su tío Osian le había ofrecido. Con manos temblorosas, Angharad la sacó y la desplegó. En el fondo de la carta, escrito a mano, estaba el nombre del barco que esperaba en el Muelle del Pescatero: La Campanilla Azul. La joven noble suspiró, encontró su paz y volvió a guardar la carta.

—Deja atrás el pasado—murmuró—, o será enterrada junto a él.

Era así de simple. No le quedaba refugio más que la audacia, y no iba a enfrentarse a un destino que la hiciera encorvarse o temblar.

Angharad enderezó la espalda y regresó a la luz.